



el quijote apócrifo

—Mi natural empeño —hablaba un día don Quijote— era resucitar aquella dormida Edad Dorada, en la que sin descanso pululaban los fornidos caballeros andantes en busca de aventuras. Pero hemos de atenernos a la realidad: vivimos tiempos de distensión, de más guerra fría que caliente, de coexistencia pacífica, en suma, con los gigantes; que vivan mientras no se metan con nadie. Es por eso que voy a entablar negociaciones con ellos.

Trató en vano Sancho de prevenirle de los nulos resultados que se obtienen en conversaciones a alto nivel, y partió don Quijote en viaje de buena voluntad a visitar a sus enemigos, los gigantes.

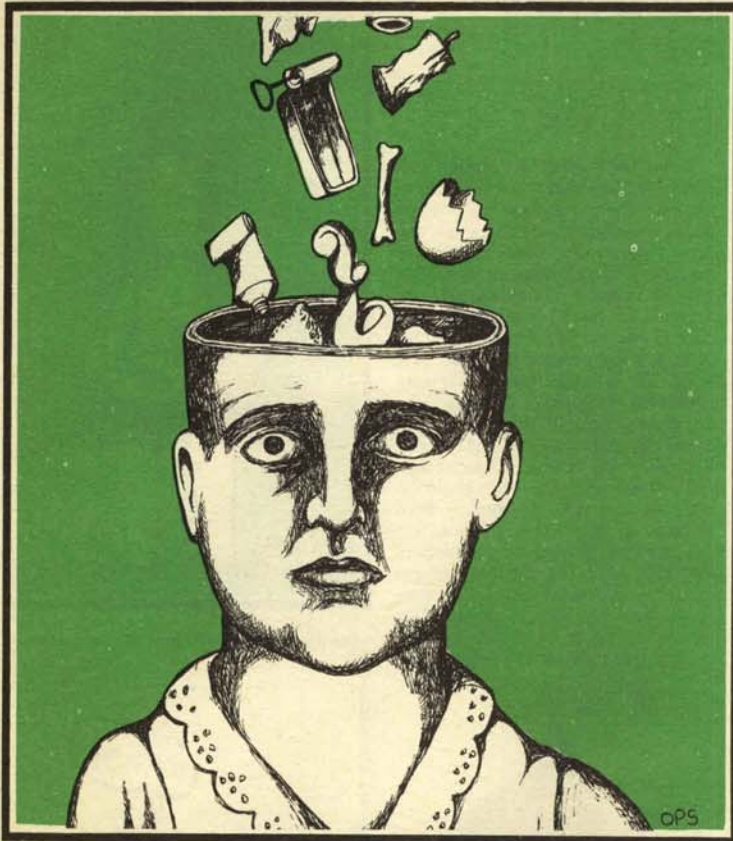
Extendióse la noticia, y al regreso del caballero le esperaban en un parador el cura de su lugar, el barbero, el bachiller Sansón Carrasco y Sancho, que ansiosos escucharon las palabras del hidalgo:

—He visitado y dialogado con los mayores gigantes que sobre la faz de la tierra existen. He visto al gigante Encarnadóvich, al gigante Amaring-Llong, al Dolaroncio, al Britaneo; en fin, a cuantos hay o

presumen de serlo, y no he conseguido ni que reconozcan la sin par ferrosura de mi señora Dulcinea, ni que dejen de alentar los disturbios entre los pequeños y normales mortales, ni que abandonen su porfía de inmiscuirse en sus vidas pretextando ayudarles, ni que verdaderamente les ayuden a salir de su ignominia y subdesarrollo, ni que cejen en sus ansias expansionistas e imperialistas. Solamente he obtenido la firme promesa de una mutua reducción de armamentos: ellos reducirán la longitud de sus brazos en diez metros (pues es de sobra sabido que algunos suelen tenerlos de casi dos leguas) y yo acortaré el largo de mi lanza en medio palmo. Sin embargo, las cosas siguen como antes, y yo continuaré ésta, que es buena guerra, y gran servicio a Dios quitar tan mala simiente sobre la faz de la tierra, aun con las armas menudadas.

Admiráronse todos de la habilidad negociadora de don Quijote, y dándole la enhorabuena brindaron por el éxito de sus futuras aventuras.

PIBE HAMETE



BISUTERIA CULTURAL



Cuando alguien, como para restarle mérito (?) a la gran cultura de Unamuno, le dijo: «Es que usted tiene muy buena memoria», éste replicó: «En efecto: me acuerdo de lo que sé».

¿Perogrullada? Algo más.

Hay gente que se acuerda de lo que no sabe: los **eruditos**, archivos vivientes de datos a menudo huecos, datos no respaldados por la comprensión del tema al que se refieren. Los eruditos, vanos coleccionistas de citas, anécdotas, listas, fechas...

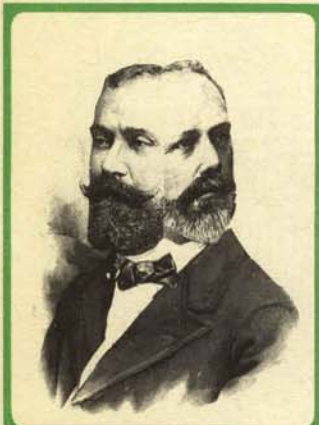
La erudición, o es consecuencia —subproducto me atrevería a decir— de la comprensión y el conocimiento auténticos, o es un mero artificio cultural, una bisutería barata con la que se adornan las mentes pobres. Y una forma de aprobar exámenes, claro. Haber fruido y asimilado una sola frase de Shakespeare es más importante que saberse de memoria la lista completa de sus obras; pero saberse la lista es probablemente más útil a la hora de aprobar un examen o quedar bien.

Volviendo al tema de la memoria, La Rochefoucauld, uno de los grandes maestros de la ironía, observó que «es frecuente oír a alguien lamentarse de su falta de memoria, pero nadie se queja de su falta de inteligencia». Cuestión de eufemismos: «Se me ha olvidado» equivale, a menudo, a «No lo entendí», ya que está demostrado que la capacidad de retención depende del interés y del grado de comprensión. Las recetas se olvidan fácilmente, los conocimientos, no tanto.

Pero la cultura, como todo, está mercantilizada, por lo que se la valora en función de una serie de elementos cotizables, esos mismos que el erudito atesora: citas, anécdotas, listas, fechas, cifras, recetas... Estos elementos son los que permiten aprobar un examen, conseguir un empleo, brillar en sociedad.

O escribir un artículo como éste, que, como ven, está basado en una anécdota y una cita.

DON NADIE



RETRATO DE
CENTRISTA PRECAVIDO

